



Rodeado de libros y en el silencio de su estudio, suele escuchar las campanas de la madrugada. "Son mis horas felices", asegura.

La interesante carrera del

A los 23 años, empleado de una compañía de seguros. — A los 42, arzobispo de mico, orador, músico. — Gran artista. — Sobrino carnal

Por M I L T O N

HEMOS deseado caminar por el huerto de los Capuchinos y monseñor va guiando nuestros pasos.

— Aquí están los tomates — me dice, levantando su mano episcopal hacia el rincón humilde y floreciente.

El tibio sol de Montevideo se quiebra en su anillo de amatista. En la cruz de oro, en la fulgente cadena, en su túnica morada de príncipe de la Iglesia, vibra la luz generosa y fresca.

— Estas murallas defienden el silencio de nuestra casa. Entró usted por la puerta de mis batallas. Por ahí salgo como un simple soldado de Cristo. Salgo por la paz de los hombres. Hacia aquí vengo por la paz mía. Estos son mis senderos. Basta esa tapia de dos metros de alto que circundan los tablonos del huerto, para darme ese sosiego que me lleva el corazón hacia la sedante figura del "Poverello", nuestro maestro San Francisco de Asís. Vea ese pajarraco que corre hacia mí. (Una especie de pequeña águila de alas cortadas al ver a monseñor Barbieri, corre hacia él gritando, saltando). A este bicho lo trajo un hermano lego. Era bravo, arisco, combativo. Al vernos, se erizaba feroz, en animal de presa. Se advertía que su pico cetrero, que sus garras, habían sido labradas para el zarpazo sangriento que abate y despedaza. Véalo ahora.

Monseñor se inclina al animal. Y éste, jubilosamente, describe círculos alrededor de la morada túnica. Es impresionante esta alegría del pajarraco. En plena euforia lanza grititos cortos, agudos.

— ¿Leyó usted las "Florecillas"? ¿No? ¿Y a Darío, a Rubén Darío? ¡Ah, si el disperso corazón de Darío hubiese tomado un contacto

más íntimo con el "Poverello"! La humanidad hubiera escuchado, entonces, nuevas voces sólo presentes en ciertos conmovedores capítulos del Evangelio y de los grandes santos. Pero Darío se desparramó, se turbó, dejándose dominar por la miserable carne que ha de ser azotada y conducida. Yo conozco los pasos del laico. Conozco lo que da y quita la libre vida de las calles. Fui empleado de una compañía de seguros hasta mis veintidós años.

Ahora vamos hacia los rosales, entre senderos florecidos. Tendidos parrales echan zonas de sombra sobre los caminos terrosos.

— De tierra era el hábito del "Poverello" — continúa monseñor. — Dormía en los senderos, abrazaba a las bestias, dialogaba con los lobos. Sólo lo espantaba la estúpida crueldad del hombre. Lea a San Francisco. Léalo y me hará un gran bien.

Un rayo de sol hiende las sombras verdosas y da en la frente de este joven y extraordinario maestro. ¿Cuántas primaveras ha tocado monseñor? Alguien me responde: 43. No le daba esa edad. Su rostro fresco, sus pómulos lisos, sus oscuros ojos, añiados y profundos, dicen de unos 38 años. Y más joven parece cuando su verbo vuela. Vuela seguro y elegante. Tiene monseñor la boca de la elocuencia. Es caído su labio bajo. Y de comisura a comisura, ancho trecho, en una línea palpitante como aquella de León XIII. Al hablar, su mano izquierda va en las profundidades del hábito, tanteando quizá el Santo Rosario, mientras la derecha se mueve completando la imagen, como en una voluptuosa caricia de orador. En esos segundos el artista,

Monseñor Antonio María Barbieri Mussi } hijos de
José Esteban Demott Mussi } hermanas



*Un saludo cordial al Pueblo hermano
por medio de Caras y Caretas; expresión
genuina de la cultura argentina, y honra
de la prensa sudamericana.*

*+ Antonio María de
Arzobispo t. de Macra y Card. de Montevideo*

Autógrafo de monseñor Barberi, que dice así: "Un saludo cordial al pueblo hermano por medio de "Caras y Caretas", expresión genuina de la cultura argentina y honra de la prensa sudamericana".

arzobispo monseñor Barberi

Macra, con derecho de sucesión en el Uruguay. — Escritor, astrónomo; físico, qué de un Santo. — En su intimidad de hombre y maestro.

P E R E Y R A

poderoso y suave, parece desprenderse de sus túnicas de príncipe de la Iglesia para huir hacia la pura belleza.

Y ya que hemos hablado del artista, escuchemos al escritor uruguayo Ernesto Pintos. En el rotativo montevideano "El Bien Público" revivió mil pasos extraordinarios y reveladores de este varón genial. De las mil anécdotas tomaremos solamente cuatro. Veremos al niño, al jovencito, al hombre y al fraile. Este ya en los umbrales de su obra. Escuchemos al señor Pintos:

EL NIÑO

"...Diariamente, siendo niño, antes de que nadie se levante en su casa, deja su cama. Descalzo va hasta el zaguán; con gran precaución corre los pesados pasadores; una vez en la calle, se calza los zapatos y, a la vuelta de su hogar, en la Capilla de las Hermanas Adoratrices, el padre Generoso Pérez, que está en el secreto, le da en seguida la Santa Comunión, y él se vuelve rápido a hacer su Acción de Gracias, metido en su cama. Cuando la madre viene a despertarlo, no sospecha que hace una hora su hijo ha comulgado para fortalecer su piedad y alimentar el sagrado fuego que le arrastra hacia el altar".

EL JOVENCITO

"...—¿Dedicarte al violín? ¿Pero, no ves, hijo mío, la vida desgraciada que llevan tantos artistas? Viven penando y haciendo penar a quienes les rodean..."

"— Les obedeceré, padre; buscaré un empleo.

"Animoso y pleno de optimismo, el joven ingresó en una casa de seguros de la capital donde progresó de inmediato, imponiéndose por sus condiciones personales. El padre, satisfecho, viéndole entregado de lleno a sus tareas repetía gozosamente:

"— Ves como aquellos sueños se le pasaron. El contacto con el mundo, con la gente, le hace bien; lo prueba..."

EL HOMBRE

"...Sorprendía un poco a los habitantes de aquellos tugurios miserables la presencia apuesta de aquel caballero simpático y bien vestido, que se interesaba por las miserias ajenas; pero paulatinamente se fueron familiarizando con él y amándolo cada día más, comprendieron que la suya no era postura de demagogo político, sino afán nobilísimo de apóstol, todo encendido en caridad cual otro Ozanam..."

LA DESPEDIDA

"...— Bueno, queridos padres, ha llegado el momento de la separación.

"— ¿Separación? ¿Qué quieres decir?

"— Yo les he obedecido hasta ahora. He tratado de ser un buen hijo: pero, ¿recuerdan lo que les dije el día de mi primera comunión? Pues ha llegado el momento de cumplirlo.

"Nadie entonces pudo retenerle. Ninguna voz, por querida que fuera, pudo prenderse de sus espaldas y apartarlo de la senda escogida. El director de la compañía de seguros donde él actuaba, tampoco salía de su sorpresa y de su escándalo.



En el laboratorio creado y dirigido por él.



Su humorismo tiene una lírica y fragante transparencia. Le gusta hablar a sus hermanos sin gravedad, con sencilla ternura.

"—Yo le pagaré el doble. Será mi brazo derecho, mi sucesor..."

"—No. Yo he escogido otra cosa mejor, señor.

"—¿Mejor? Y quiere meterse, tan joven y afortunado, de fraile. ¡Usted está loco!..."

EL NUEVO FRAILE

"Se desarrollaba una audiencia semipública en los salones del Vaticano. Benedicto XV, fatigado, pasa entre la multitud bendiciendo. Con nadie habla. Cuando se cruza con un anciano o con un niño se suele sonreír dulcemente y parece dar la bendición con redoblada intención paternal.

"Pero al llegar al grupo formado por los capuchinos, de rodillas, se detiene frente a uno de fuerte y dulce mirar.

"—¿De dónde eres?

"—Del Uruguay, Santidad.

"—¿Cómo te llamas?

"—Fray Antonio María de Montevideo.

"—¿Estudias con gusto?

"—Sí, Santidad.

"—¿Qué quieres del Papa?

"Hubo un minuto de silencio.

"—Que me bendiga, que bendiga a los míos, que..."

"Benedicto ahogó toda palabra con su gesto. Impuso sus manos delgadas muy blancas sobre aquella cabeza renegrida y dijo:

"—Yo te bendigo, porque serás la gloria de la religión y de tu patria.

"Las miradas de todos los presentes buscan ansiosamente luego a aquel capuchino, que se escurre asustado por entre la multitud, y que, ya en la plaza de San Pedro plena de sol, sale de su asombro cuando el guiador de un coche se le viene encima y le grita furiosamente, blandiendo en los aires el silbador rebenque: "

"—¡Sal de la vía, lego dormido!..."

A todas estas anécdotas las recoge y les da sello de la más absoluta verdad "El Terciario Fran-

ciscano". En las columnas de esta publicación se recuerda que monseñor es sobrino de Don Gatti. De los archivos de la misión de Salt, en Transjordania, toma el Terciario estas textuales palabras:

"Don Gatti tenía un caballo colorado que le servía para ir a visitar a los enfermos, a quienes visitaba a cualquier hora del día o de la noche, bajo la lluvia o bajo la nieve, sin mirar ni la religión ni la condición del enfermo que lo mandaba llamar. Tenía también gran ascendiente ante los cristianos, como ante el Gobierno y ante los mismos musulmanes... Fué siempre de espíritu amplio y tolerante... viviendo en paz aun con sus enemigos. Murió, en concepto de Santo, de fiebre amarilla, en el año 1898... Se le atribuyen milagros... Los mismos musulmanes lo veneran como un Santo y visitan con gran frecuencia la tumba y aseguran haber recibido gracias especiales del Abuna Jusuf, como ellos lo llaman. Estos han llegado a decir y hacer creer a la gente que su cuerpo fué transportado por milagro y de noche, del sepulcro cristiano a un sepulcro musulmán, porque así, según ellos, puede el Santo Abuna entrar en el paraíso..."

Curiosísimas figuras éstas, de tío y sobrino. El hombre del caballo colorado no pudo pedir mejor heredero para sus grandes sueños de humana ternura, de paz para el agitado haz de la tierra.

Monseñor me lleva ahora a su despacho.

—Mis mejores oraciones van al cielo casi sin palabras — me dice. — Luego de mis lecciones de astronomía, de citología, de física, me encuentro humilde, polvo sobre polvo y necesito reunirme, sosegar. Conturbado por la grandeza de Dios, soy como la sombra de una sombra. Entonces acudo a mi arco. Lo empuño, y las melodías de las cuerdas me van despertando.

Milta Peyra

Montevideo,